

Fonaci



El sargento Nicolás Ordoñez, el último de Tag-Sut

El pasado 24 de agosto de 1924 es un fecha para la historia. Aquel día un sargento de Regulares realizaba una gesta digna de figurar eternamente en los anales de la milicia española. Guillermo Nicolás Ordoñez, un veterano de Africa, superviviente de Monte-Harruit, de Laucien, de Kudia-Tabar y una larga relación de nombres hoy apenas recordados, se hacía merecedor de la Cruz Laureada de San Fernando al soportar heroicamente la acometida de un grupo de rifeños en la avanzada de Tag-Sut a Puente Romano, en el antiguo protectorado español de Africa del Norte.

EL tercer tambor del grupo de Regulares Tetuán núm. 1 recibía la orden de desalojar al enemigo de unas risqueras tras las que se hallaba parapetado. Según los informes previos a la acción, los atrincherados eran muchos y bien armados. Se imponía pues una operación perfectamente planificada, teniendo en cuenta que desde la base de partida al objetivo se podía calcular una distancia de mil metros por terreno totalmente batido.

La punta de vanguardia le fue asignada a la sección del teniente Pascual de Pobil; y con él, a la cabeza del despliegue, el sargento Guillermo Nicolás Ordoñez, un hombre de veintisiete años de edad que ya contaba con siete de campaña.

La operación se advertía dura. Todos contaban con que las bajas habrían de ser importantes, habida cuenta de la naturaleza del terreno; por eso era necesario que la progresión estuviese dirigida por un veterano de probada ejecutoria guerrera. Y allí estaba el sargento Nicolás, el más fogueado del tabo.

Tan pronto el enemigo percibió la

maniobra de los Regulares comenzó a hostigarles con un fuego intenso, bien dirigido y sin obstáculos. Los hombres se aproximaban a la carrera para acortar distancias en ese espacio en que los proyectiles apenas les llegaban. La progresión era rápida, pero ya a los quinientos metros las balas comenzaban a picar. Se hizo necesario reponer fuerzas y espaciar el despliegue.

Al iniciar un nuevo salto hacia el objetivo, el sargento Nicolás recibía una herida en la pierna izquierda. No obstante el intenso dolor, prosiguió en su puesto, y cojeando se le podía ver desde la retaguardia a la cabeza del grupo.

Ya cerca del objetivo, con algunas bajas sobre el campo, Nicolás recibía una segunda herida de bala, esta vez el proyectil le había perforado la mano derecha; pero permanecía en su puesto adelantado a los hombres que junto a él disparaban frenéticamente.

Entre el fragor del intenso tiroteo y los gritos de moribundos y heridos, el teniente ordenaba a voces al sargento que se replegase a retaguardia para ser atendido por los sanitarios. Pero al final estaba tan sólo a un centenar de

metros, y la masa enemiga, apenas tocada en su privilegiado asentamiento, se defendía con más ardor a medida que los Regulares acortaban distancias. Nicolás rechazó la propuesta del oficial alegando la necesidad de continuar en su puesto.

El capitán acababa de caer herido y Pascual de Pobil tenía que hacerse cargo del mando de la compañía. Nicolás Ordoñez quedaba a cargo de la sección desde ese mismo instante, a sólo unos pasos de las rocas y en medio de un auténtico infierno de plomo y estampidos. Era el momento del asalto a la posición enemiga y la sección de Ordoñez se despegaba del suelo para arrojar a la morisma de sus parapetos.

“Al iniciar un nuevo salto hacia el objetivo, el sargento Nicolás recibía una herida en la pierna izquierda.”

En pie, con la bayoneta calada, arremetieron los regulares saltando entre los peñascos. Se producía un choque violento, caótico. Cuerpos jadeantes entremezclados en un combate de espanto. Disparos, cuchilladas y alaridos; era el fin.

El sargento Nicolás, con la caña del fusil ensangrentada por su propia sangre, se abría paso entre la masa. Daba órdenes, gritaba. Tal vez nadie le oyera, pero un tercer disparo le cortó el

325

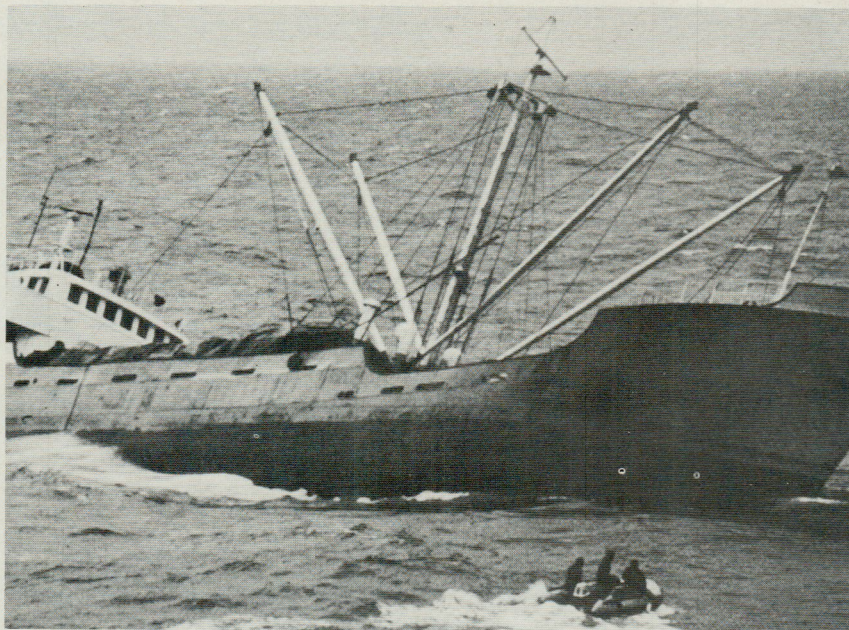
tienen algunos problemas psíquicos que afectan a este colectivo de trabajadores. Uno de ellos es el problema del alcohol y ello se debe a que estas personas se encuentran inmersas en un ambiente socio-cultural donde la bebida está permitida y emparejada al concepto de hombría. El alcohol es utilizado por este colectivo como medio de evasión y termina por crearse una dependencia psíquica. Además, por si fuera poco, los problemas de ansiedad y depresiones son frecuentes en el hombre del mar.

Las enfermedades tropicales son también frecuentes, el paludismo, principalmente, pero son tratables.

El problema principal del marinero es el aislamiento, la falta de distracción, el problema familiar, el problema de no tener un médico junto a él cuando le hace falta.

Un aspecto importante, a mi modo de ver, es la medicina preventiva y la educación sanitaria, una tarea sin la cual es muy difícil que se llegue a realizar una eficaz medicina en la mar.

La labor preventiva comienza previo el embarque del marinero, al cual se le rea-

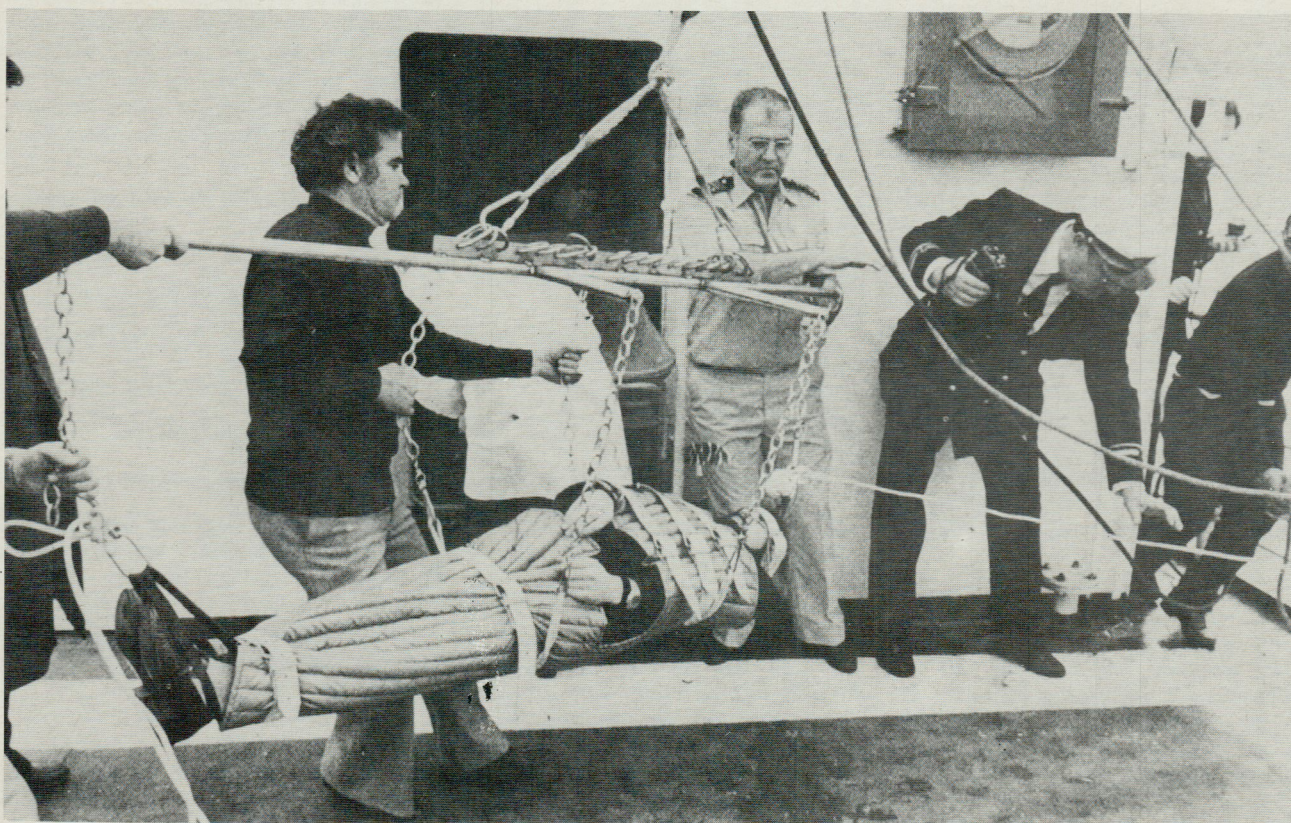


Cuando los accidentes sean graves y no se puedan solucionar con la simple administración de fármacos, la evacuación en helicóptero será de gran importancia para el traslado del enfermo al buque-hospital o trasladándole a tierra.

liza un reconocimiento médico completo y exhaustivo que permite la comprobación del estado físico-psíquico.

Estos reconocimientos se realizan anualmente y son de carácter obligatorio.

Los centros de reconocimiento tienen otras funciones que son la educación sanitaria y la medicina preventiva, por medio de charlas, conferencias y campañas●



La realización de simulacros de salvamento en el mar permite a los sanitarios en este medio estar siempre «en forma», en previsión de posibles accidentes o catástrofes marítimas.



“En pie, con la bayoneta calada, arremetieron los regulares saltando entre los peñascos.”

El sargento Nicolás Ordóñez

aliento y dio con su cuerpo en la risquera. El proyectil acababa de atravesarle el pecho. ¿Cuánto tiempo permaneció inconsciente bajo los pies de aquellos gladiadores? Nunca lo supo. Probablemente, nada más que unos minutos. Pero cuando se repuso, sólo cadáveres y el silencio de la muerte rodeaban los peñascos.

El enemigo había cedido terreno. Se replegaba, pero aún estaba allí. Nicolás Ordóñez escuchó voces y disparos a sus espaldas. Eran el teniente y tres soldados que permanecían junto al capitán herido. Los demás... treinta y cinco muertos propios yacían desparramados por los alrededores. El objetivo había sido conquistado, pero ahora sólo cuatro hombres quedaban para sostenerlo.

Nuevamente contraatacaban los rifeños, y ahora incrementados sus efectivos con refuerzos que acababan de llegar orientados por el tiroteo anterior. Nicolás, apenas poco más que un cadáver, conseguía llegar reptando hasta el grupo de supervivientes, y ante la inminencia de un choque imposi-

ble sugirió a los oficiales que retrocediesen mientras él trataba de contener la avalancha.

—Estoy herido de muerte. Váyanse antes de que sea tarde. Yo cubriré su retirada mientras pueda. ¡Ah! Tengan mi paquete de cura, ya no lo necesito y el capitán se está desangrando.

A poco de quedarse solo llegaban hasta los peñascos un grupo de cinco musulmanes, tal vez pensando que nadie había sobrevivido a la masacre. Pero entre las rocas, los espinos y los muertos apareció el sargento Nicolás haciendo fuego sobre ellos, y según declaraciones que constan en el expediente de juicio contradictorio para la concesión de Laureada, cuatro murieron y el quinto se dio a la fuga. En aquella fase de su acción, Nicolás Ordóñez recibió una herida más en la mano derecha.

Libre por el momento de enemigos, el sargento retrocedió varios metros hasta encontrar un asentamiento más seguro. Y cuando la avalancha de rifeños se le venía encima, comenzó a disparar de tal modo sobre los atacan-

tes que se vieron obligados a fijarse al terreno sin proseguir el avance. Esta detención salvó a Nicolás de una muerte segura; porque ya desde su posición pudo ser socorrido por un teniente legionario que le acercó munición para seguir resistiendo; y poco después una compañía del Tercio se hacía cargo del objetivo, pasando el sargento al puesto sanitario y más tarde al hospital de sangre de Taguesut, donde fue atendido de cinco heridas de bala, la última en la oreja izquierda.

Nicolás Ordóñez había impedido desbordar la posición conquistada a costa de tanta sangre. Permaneció en su puesto durante toda la operación y fue el último combatiente en sostenerla, a pesar de hallarse herido, acribillado por cinco impactos de bala, uno de ellos calificado de muy grave.

Aún permanecería Nicolás durante cinco años más en el territorio. Y en 1929, formando parte de la Mehala, le

“El objetivo había sido conquistado, pero ahora sólo cuatro hombres quedaban para sostenerlo.”

fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando, cuyo expediente comenzó a tramitarse en 1926. Para entonces ya era suboficial por méritos de guerra y había recibido una herida más al frente de una sección de su nueva unidad. El 28 de julio de 1931 pasaba voluntariamente a la situación de retirado.

El sargento Nicolás Ordóñez, siete veces herido en campaña, Laureado, y en posesión de tres cruces rojas al Mérito Militar, está en la historia de la infantería española ocupando un lugar eterno entre la lista de sus héroes.

M. PARRILLA NIETO